Al aeropuerto en silla de ruedas

Hay sueños y sueños,
algunos de los cuales son avisos.
Y estos avisos son señales
de que no tenemos todo el tiempo del mundo
para hacer lo que debemos hacer.

Aida, que había sido una excelente alumna en la facultad de psicología de la Universidad Garcilaso de la Vega, se encontraba en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital San Pablo de Lima. Había sido ingresada allí después de dos días de violentas diarreas y nauseas en su casa. Su salud estaba resquebrajada por una diabetes agresiva y una insuficiencia renal que habían comenzado hacía 25 años a raíz de la muerte de su querido padre.

Don Mario, el padre de Aida, era marino mercante con un sueldo envidiable y la oportunidad de conocer el mundo y hacer negocios en cada viaje. Producto de años de intenso trabajo había acumulado un patrimonio importante, pero lo tenía invertido en una financiera no muy formal que ofrecía grandes intereses. A pesar de que se le había advertido de la inseguridad de la inversión, la promesa de grandes dividendos le atraía. Por cambios en la empresa y renovación del personal, a don Mario se le ofreció una jubilación anticipada, cosa que le perjudicaba y le resultaba altamente inconveniente por su ritmo de vida. Como no aceptó se le castigó manteniéndolo en tierra y pagándole el sueldo mínimo que correspondía, el cual era insignificante en comparación con lo que ganaba en los viajes. Esto le deprimió mucho agravándose la diabetes que ya padecía, siendo el golpe de gracia para el hombre la intervención del gobierno en la financiera y la declaración de quiebra de la misma sin esperanza alguna de devolución de sus aportaciones a los clientes. Esto le afectó tanto que enfermó gravemente, debiendo ser internado

de emergencia en el hospital.

Aida le visitaba allí a diario preocupándose por levantarle en lo posible el ánimo y consolándolo. Una noche ella quiso quedarse con su padre para hacer la guardia nocturna, pero él no se lo permitió.

–¡Hija márchate a tu casa, tus hijas están solas!

–No te preocupes papá que puedo llamar a mi suegra para que se quede con ellas, y así me quedo esta noche.

–Márchate tranquila. No te preocupes, yo estaré bien. Mañana vuelves.

A pesar de que Aida insistió, no hubo forma de convencer al padre, y ella se fue a casa con la intención de volver al día siguiente. A media mañana recibió una llamada del hospital informándole fríamente de que el estado de su padre había empeorado y había fallecido. Desesperada se fue al hospital y, con profundo dolor, reconoció a su padre que ya estaba en la morgue. Sintió entonces el impulso de subir a la habitación donde había estado internado. Allí comprobó que la noche anterior las ventanas habían sido abiertas por una enfermera, lo cual había ocurrido al poco rato de que ella se hubiera ido. La profesional seguramente consideró que la habitación estaba muy caliente y había que ventilarla. La corriente de aire frío había hecho que a su padre le diera una pulmonía fulminante debido a lo frágil de su salud.

El dolor y la impotencia que sintió Aida fueron terribles, más aún cuando tuvo que ser fuerte y no llorar para no deprimir más a su madre que sí se dejó llevar por el llanto y la tristeza. Hasta sus dos hermanos varones, menores que ella, se apoyaron en su entereza, siendo demasiada la presión sobre su persona. Aida, como hermana mayor, tuvo que ser la columna fuerte sobre la que se apoyaba toda su familia, mientras ella contenía su tristeza y su dolor. Por otro lado en ella también quedó un sentimiento de culpa por no haberse quedado con el padre para haber evitado su muerte, o por lo menos para

haberlo acompañado en su tránsito.

Lo peor de todo esto fue que al mes se le detectó a ella diabetes, la cual se fue agravando con la muerte de una serie de familiares cercanos y hasta de sus mascotas lo que incrementó el malestar acumulado, sin encontrar ella la forma de desfogar todo ese dolor contenido.

Después de varios años con algunas crisis diabéticas en su haber, se encontraba en el hospital por una violenta infección al riñón. Su estado se agravó tanto que la ubicaron al lado de los enfermos terminales, sin que los médicos supiesen qué antibiótico emplear para combatir la infección pues ella era alérgica a la penicilina y a algunos otros medicamentos.

Después de quince días de lucha infructuosa, los médicos creyeron haber encontrado el remedio para combatir y controlar la infección, por lo que la sacaron de la Unidad de Cuidados Intensivos y la pusieron en una habitación. A los pocos días le dieron el alta. Sin embargo, a los cuatro días de haber regresado a su casa, tuvo que ser reingresada con un cuadro mucho más grave que el anterior. Estuvo nuevamente en Cuidados Intensivos, y después de varios días de lucha incesante, el médico consideró que ahora sí se había logrado controlar y erradicar definitivamente la bacteria causante de la infección. Después de pasar unos días más en la habitación del hospital regresó a su casa. Pero a los seis días tuvo un cuadro de preinfarto por pérdida de potasio ocasionado por todo ese mes de vómitos y diarreas que la llevó a ser hospitalizada por tercera vez en poco tiempo.

En ese estado sintió que se le iba la vida, cuando soñó que estaba en un aeropuerto en silla de ruedas vestida con su bata de hospital, y quien la llevaba era su suegra, fallecida siete años antes. La muerte de la suegra, a quien Aida estimaba mucho, había sido una de las sensibles pérdidas que había tenido que enfrentar en los últimos años. Su suegra Rosa María, fallecida de cáncer de pulmón, aparecía serena y tranquila en el sueño. Iba empujando la silla de Aida llevándola por la terminal aérea

hacia un gigantesco avión blanco tipo Jumbo al que subía cantidad de gente vestida igualmente de blanco con sus maletas. Todos llevaban maletas.

En el sueño Aida le decía a su suegra:

–Yo no puedo subir al avión Rosa María. No tengo conmigo mi pasaporte ni mis maletas ni mi bastón –Aida venía usando bastón por una lesión de cadera que también le había dañado la rodilla opuesta.

Rosa María le sonrió y soltó de inmediato la silla dejando de empujarla.

Cuando despertó de su sueño lo recordaba claramente y se lo contó a su marido José, el hijo de Rosa María, éste se sorprendió por el posible simbolismo o representación del mismo: aún no era el tiempo de que ella muriese... A partir de ese momento, Aida comenzó a mejorar.

Poco tiempo después la madre de Aida falleció y todos a su alrededor temían que esto fuera demoledor para ella; y así parecía ser. En el velatorio, cuando recibía los innumerables abrazos de condolencia de los amigos y conocidos, sufrió un repentino desmayo. Fue llevada de regreso a su casa, sintiéndose desvanecer en todo el camino. Y ni bien entró en su habitación, delante de ella empezaron a saltar las puertas de los armarios, cayendo pesadamente al suelo y estallando los espejos. Eso hizo reaccionar a Aida, y de la sorpresa y el susto se le fue toda la debilidad y el desasosiego. En ese momento sintió que su madre se había despedido violentamente como diciéndole:

–Reacciona hija mía, tú aún tienes que continuar. Ya fuistes mucho tiempo nuestro, ahora debemos apoyarte a ti...

Hoy por hoy Aida se encuentra con su salud frágil pero con el ánimo fuerte. Después del sueño, sabiendo que estuvo tan cerca de marcharse hizo su propia catarsis, pudiendo sacar de su interior el sentimiento de culpa que la atormentaba y liberándose al fin de todo el dolor y la pena contenidos durante tantos años.

Durante mucho tiempo había habido varias personas pro-

fesionales y terapeutas que le habían querido ayudar, incluso su marido, pero era algo que ella misma tenía que hacer: perdonarse y liberar el dolor, exprimiendo su corazón antes de que éste terminara por acabar con su vida prematuramente. Ella, como muchas personas, ha tomado conciencia de que hay situaciones del destino de las personas que no están en nuestras manos, y que en vez de buscar culpables, encontrándolos a veces equivocadamente en nosotros mismos o en los demás, debemos extraer la enseñanza de la vida y saber aceptar las cosas como vienen, y cortar a tiempo lazos y dependencias dolorosas.

Algunas reflexiones:

- Antes de que se enferme el cuerpo se enferma la mente y antes el alma. La raíz de nuestras enfermedades está en el alma. El dolor, el sufrimiento, los apegos, bajan nuestras defensas energéticas y hacen que estemos expuestos a todo tipo de acechanzas y enfermedades.

- El ser humano es como una esponja. Cuando está seca, tiene una forma definida, un color claro y no tiene peso. Cuando absorbe agua, tornándose oscura, amorfa y pesada, y, si te demoras en exprimirla, se pudre y se cae a pedacitos.

- Lo que realmente enferma al ser humano son los sentimientos de culpa, los resentimientos, los rencores, los miedos, las dudas y los apegos.

- No debemos permitir jamás que, cuando alguien que amamos fallece, se mueran dos personas. No debemos morir con los que mueren sino que debemos seguir viviendo haciendo que nuestra vida sea el mejor homenaje al recuerdo de esa persona. Si nos dejamos envolver y enfermar por la pena, actuaremos como un ancla que impedirá la liberación de ese espíritu y hará que una parte de nosotros muera antes de tiempo.

- Si realmente amamos, debemos ser capaces de dejar partir al amado cuando está sufriendo y el plazo de su existencia se ha agotado.

- Todos tenemos un plazo, un tiempo de vida, y debemos vivirlo intensamente. No importa cuánto tiempo sea, pues al final no se trata de cantidad sino de calidad. Y la calidad

de la vida está en función de tu capacidad de ser, de amar, de ser feliz, de ser útil e inspirador para los demás. Y la felicidad requiere de mucha paz interior, de saber valorar y aceptar lo que puede ser cambiado y lo que no, procurando hallar el sentido de las cosas.

- Amar se dice fácil pero al final significa perdonar y perdonarse, ser tolerante, compasivo y misericordioso empezando por uno mismo. Porque si no somos capaces de amarnos y cuidarnos a nosotros mismos, ¿cómo lo vamos a hacer con los demás?

- El gran consuelo nos ha venido hoy de la ciencia. La física enseña que la energía no se destruye sino que se transforma, y así como nosotros enviamos a la escuela una y otra vez a nuestros hijos para que crezcan y se perfeccionen, bien podríamos plantearnos que la vida no termina sino que continua en muchas otras oportunidades y existencias.

Ampliaciones de plazo

La vida es como un préstamo bancario:
si pagas a tiempo tus cuotas
pueden refinanciarte la deuda,
y hasta ampliarte el préstamo

Marta era una joven mujer andaluza venida al mundo en un pequeño pueblo del interior. Nació asfixiada por el cordón umbilical que se había enredado en su cuello. El doctor tuvo que hacer un gran esfuerzo para resucitar a la niña que ya lucía un intenso color morado. Ella no reaccionaba, pero después de haberle limpiado las fosas nasales y la garganta, contra todo pronóstico, cuando ya se perdían las esperanzas de poder reanimarla, un último intento hizo que su pequeño corazoncito empezara a latir. Entonces la niña dio un profundo suspiro, tomó aire y llenó sus tiernos pulmones.

Desde que salió de la matriz de la madre daba la impresión de que sólo había venido a cumplir con esos meses de gestación y que tendría una presencia fugaz en esta tierra. Pero allí en el quirófano había conseguido o recibido lo que a todas luces era «una ampliación de plazo».

Aquella niña no tuvo una infancia fácil. Era la penúltima de una familia de ocho hijos. Desde pequeña tuvo que trabajar en casa apoyando el esfuerzo general en medio de una magra economía. Sus juguetes eran una cuchara de madera con la que tenía que mover el puchero y un palo para remover la ropa que se lavada. Su padre era un labriego hosco y poco cultivado, que no sólo tenía mal carácter, sino que además era alcohólico y pegaba continuamente a su madre.

A la edad de seis años las deficientes y descuidadas instalaciones eléctricas de la casa donde vivía la volvieron a poner al borde de la muerte. Ocurrió que al conectar ella una

plancha eléctrica con la que tenía que planchar una pila interminable de prendas, sufrió una descarga que detuvo su joven corazón, cayéndose violentamente sobre el suelo y golpeándose la cabeza. La niña estaba sola en el lugar y nadie se percató de su estado. Al cabo de un rato uno de sus hermanos mayores pasó por allí y, al verla pálida y con sangre en la nariz, la cargó y se la llevó a la posta médica más cercana donde intentaron resucitarla. Inexplicablemente el corazón volvió a latir y la niña se recuperó.

Marta, una vez restablecida, le contó a su hermano que había visto un túnel y una bellísima luz al final del mismo, de donde salió un ser que parecía un ángel diciéndole:

–¡Aún no!¡Aún no!... Vuelve.

De regreso a su casa el hermano le contó a su madre lo que había pasado con la pequeña. La madre se acongojó y le pidió que no le dijera nada al padre porque se ponía violento por cualquier motivo.

Marta fue creciendo y se puso a estudiar, logrando terminar sus estudios básicos, a los que siguieron estudios comerciales que le permitieron labrarse una profesión y alejarse de parte de su familia, aunque no de todos.

A los 28 años iba acompañando a una amiga del trabajo en el coche de ésta. Era un auto rojo de segunda mano que recorría velozmente la carretera hacia Fuengirola, cuando en una curva le fallaron los frenos y terminó por estrellarse tan violentamente contra la barrera del camino, que Marta salió volando por el cristal del parabrisas cayendo pesadamente sobre el pavimento pero sin hacerse más que leves heridas superficiales. Los policías de carretera y los paramédicos no podían entender cómo no se había matado en el accidente.

A los 30 años estaba trabajando en una fábrica como técnica operaria de una pesada máquina de empanadas cuando sufrió un terrible accidente. Ella quiso girar la máquina sin esperar a que viniera alguien para ayudarla, confiando en que

podría ya que el aparato tenía ruedas, pero como el suelo estaba mojado, una de ellas cedió doblándose y los cientos de kilos de aquella máquina se abalanzaron sobre Marta aplastándola contra el suelo. Cuando pudieron liberarla de la máquina y la internaron en el hospital, inexplicablemente sólo tenía cortes y fuertes hematomas y magulladuras, además de la nariz partida. Estuvo seis meses de baja por invalidez por haber perdido la fuerza en los brazos que resistieron todo el peso de aquel armatoste.

A los 35 años iba por la carretera con un grupo de amigas en coche cuando un camión que iba en dirección contraria transportando tubos, se saltó el control atravesando la calzada de un lado a otro mientras los pesados tubos se salían de sus amarres entrando por las ventanas y el parabrisas del auto de las mujeres, destrozándolo. Felizmente Marta y sus amigas se agacharon instintivamente, colocándose a nivel de los pies, mientras la pesada carga aplastaba la estructura del vehículo. La oportuna llegada de los bomberos evitó una tragedia.

A los 45 años a Marta le detectaron cáncer de mama y, cuando se encontraba hospitalizada para la cirugía, a pesar de que se habían tomado todas las precauciones del caso por parte del cardiólogo y el anestesista, su corazón se detuvo en la mesa de operaciones. De pronto ella sintió cómo se desprendía de su cuerpo y pasaban delante suyo todas las escenas de su vida, después de lo cual era arrastrada por una potente luz blanca; al final de la misma aparecía la imagen del mismo ser que muchos años antes la había recibido en esa otra realidad. Entonces escuchó en su mente:

–¡Aún no!¡Aún no! Vuelve…

A lo que ella respondió:

–¿Por qué no? Ha sido muy duro siempre. Aquí me siento bien…

–¡Aún no! Tú misma pediste los plazos antes de nacer. Todo lo que viviste en tu vida eran tareas pendientes que traías.

Por eso...

»¡Vuelve!

Cuando el médico ya daba por perdida a Marta, decidió hacer un último intento y le pidió a la enfermera que si sabía rezar lo hiciera porque no quería perder a su paciente. La enfermera tomó una medalla de la Virgen que tenía en su cuello y oró. El médico colocó nuevamente las planchas en el pecho para inducir los latidos, y el corazón, tras una violenta descarga, reaccionó generando sorpresa y algarabía entre el equipo de la mesa de operaciones.

Ya en recuperación, el médico fue a ver a su paciente. La encontró con buen semblante.

–Marta, nos has dado un gran susto en la mesa de operaciones. Te has ido durante mucho rato y no había forma de hacerte volver. Llegamos a creer que te habíamos perdido.

–Sí doctor, pero felizmente usted le pidió a su enfermera que rezara por mi y ella tomó su medalla de la Virgen y me trajeron de vuelta. Además, allá afuera me dijeron que no era mi momento aún.

–¿Cómo sabes que yo le pedí a la enfermera que rezara por ti?¿Cómo sabes lo de su medalla?

–Lo vi doctor. Estaba lejos pero a la vez cerca. Podía escuchar y sentir todo lo que hacían por mí. Gracias por ello.

Marta pudo revertir el cáncer y ha seguido con una vida normal sólo que ahora es consciente de que los muchos plazos ampliados son una gran oportunidad que ella no puede ni debe desaprovechar para aprender y hacer lo más que pueda por sí misma y por los demás. Por lo pronto se ha acercado a su familia y está tratando de estrechar lazos de amor para no dejar asuntos pendientes.

Algunas reflexiones:

- Cuando nacemos olvidamos todo lo que negociamos antes de nacer; hasta olvidamos los plazos que nos dieron y los compromisos que asumimos. Pero la vida se encarga de hacernos recordar que no tenemos todo el tiempo del mundo para hacer lo que tenemos que hacer.

- En la vida hay tiempo para todo; para lo único que no hay tiempo es para perder el tiempo. Debemos vivir intensamente dando lo mejor de nosotros sabiendo que la vida no es cantidad (de tiempo) sino calidad de hechos y resultados.

- Algunas veces, a lo largo de nuestra existencia estaremos al borde de la muerte, pero sólo serán oportunidades para hacernos recordar la premura y necesidad de que encontremos el sentido a nuestra vida y hagamos lo que se espera de nosotros.

- Es cierto que nuestro destino está marcado como para que nuestra vida dure determinado espacio de tiempo, pero ese destino no es inamovible y se puede variar. Lo podemos modificar acortándolo o consiguiendo ampliaciones de plazo.

- Todo depende de nosotros. Si lo hacemos bien o estamos a punto de lograr la tarea que nos encomendaron o lo hacemos mejor de lo que se esperaba, pueden considerar ampliarnos la vida, porque muchas veces esa ampliación beneficia a muchos otros que podrán inspirarse y motivarse en y con nosotros.